

De inagotable mies cubren la era;  
 Y si el pobre a sus puertas le importuna,  
 Con brusco modo y caridad sincera,  
 Mientras con voces ásperas le corre,  
 Su mano en abundancia le socorre.

Que su buen corazón corteza dura  
 Guarda y oculta a los humanos ojos,  
 Labrando con su propia desventura  
 La de aquellos que sufren sus enojos.  
 Y es —para usar la frase que aventura  
 Su esposa Doña Inés— linfa entre abrojos  
 Que al labio no permiten que la toque;  
 Es zafiro engastado en alcornoque.

Ya que nombré al esposo y a la esposa,  
 Debo decir que en la mitad de Mayo,  
 Hiriendo una mañana la selvosa  
 Montaña el sol con su primero rayo,  
 Vióse en la casa y fábrica espaciosa  
 De ramas y de flores con el gayo  
 Adorno las ventanas revestidas,  
 Y abiertas las entradas y salidas.

El quinto aniversario es de la boda  
 De Don Lope e Inés, y año tras año  
 Se celebraba en la comarca toda  
 Con holganza y bullicio y gozo extraño.  
 Al alba repicar era la moda;  
 Vestido ya el calzón de burdo paño,

Nuevo el calzado, blanca la camisa,  
 Asisten los rancheros a la misa.

El besamanos sigue, y son curiosos  
 Los parabienes que los más letrados  
 Hacen por fuerza oír a los esposos  
 En discursos diez veces comenzados.  
 En el patio peroles espumosos  
 De diversos manjares regalados,  
 Incitadora esparcen su fragancia  
 Y al pueblo dan comida en abundancia.

Y al són de los alegres tamboriles  
 Y flauta pastoril que tañe un ciego,  
 Sobre el césped allí mozas gentiles  
 Danzan o atienden al azar del juego:  
 Y suelen a las voces femeniles  
 Gritos mezclarse de los hombres luego,  
 Y salir de los cintos las navajas  
 A impulsos del licor y las barajas.

De la ciudad vecina, en tanto, llega  
 De mancebos y damas comitiva,  
 Cruza al galope la risueña vega  
 Y el patio invade gárrula y festiva.  
 Allí Román, que con su potro juega,  
 Contempla a Inés con atención muy viva,  
 Y paga apenas el saludo frío  
 Del buen Don Lope, su tutor, su tío.

Francisco más allá, joven robusto,  
 Hijo del mayordomo, y cuya fama  
 Por la comarca vuela como es justo,  
 Pues los placeres y pependencias ama;  
 Sin ver del propietario el ceño adusto  
 Escoge a Doña Inés para su dama  
 Durante el día, y la regala flores,  
 Y por patios la sigue y corredores.

Y no crea el lector que la señora,  
 De suyo altiva, con semblante afable  
 A Román o Francisco seductora  
 Mostrase alguna vez risa inefable.  
 Si entrambos la codician en mal hora,  
 Jamás a alguno de los dos fué dable  
 Hacer a Doña Inés la grave ofensa  
 De decirla al oído lo que piensa.

Que está puro su nombre, y de la senda  
 No se apartó jamás de sus deberes,  
 Y el que su sola rectitud trascienda  
 Sirve de fuerte escudo a las mujeres.  
 Mas ¡ay! era preciso tener venda  
 Para dejar de ver que estos dos seres  
 En dulce lazo unidos por el cielo,  
 De la dicha y la paz no son modelo.

Y en huerto donde crece la zizaña  
 La traidora y ruín víbora anida,  
 Y a la honra limpia de la esposa daña

Su carencia de afecto si es sabida.  
 De las pasiones en la mar extraña,  
 Contra las recias olas de la vida  
 Solo se tiene por serena y fuerte  
 A quien ama a su esposo hasta la muerte.

Falta de aqueste amor el blando aroma  
 Al corazón de Inés, seco y herido  
 Por el genio brutal que nunca doma  
 Para tratar con ella su marido.  
 Y viendo a la bellísima paloma  
 Inquieta y ya sin goces en el nido,  
 Acéchanla con negras intenciones  
 Meciéndose en el aire los halcones.

Une en su sér a la verdad preclara  
 Que con solo su aspecto nos cautiva,  
 Mordaz carácter y altiveza rara  
 Que la confianza y el cariño esquiva.  
 Jamás, al parecer, brilló en su cara  
 De la dulce piedad la llama viva,  
 Ni humedeció sus ojos aquel llanto  
 Que al corazón que es bueno alivia tanto.

En el de Inés, del odio la cicuta,  
 Al riego de la hiel de sus pesares,  
 Germina y brota y crece, y más lo enjuta  
 Y lo expone a sufrir nuevos azares.  
 Junto al odio a Don Lope ábrese ruta  
 Sin encontrar los fuertes valladares

De la virtud, culpable simpatía  
Hacia el joven Román, de quien es tía.

Mas el oculto afecto su semblante  
No traicionó jamás, ni dió esperanza  
A quien suspira, silencioso amante,  
Y el fuego della a descubrir no alcanza.  
A Inés era Francisco repugnante  
Y lo calla también: mar en bonanza  
Su faz parece; mar tranquilo y hondo  
Que recia tempestad guarda en el fondo.

Con todos siendo altiva e imperiosa,  
Ante Don Lope, tímida se humilla,  
De algún tiempo a esta parte, amable esposa;  
Mas la mirada que en sus ojos brilla  
Cuando la ultraja aquél con ira odiosa,  
Déjase ver como fatal cuchilla  
Que al mayoral destina esclavo rudo  
Mientras al látigo vil se inclina mudo.

## IV

Por qué Don Lope vino a América.

Mientras la esposa cubre diligente  
Por medio del enjambre de criados  
La mesa larga con mantel luciente,

Flores, frutas, manjares delicados,  
Copillas de cristal, platos de argente,  
Candelabros de cera coronados,  
Cubiertos de trabajo peregrino,  
Frascos de añejo aspecto y rancio vino;

Mientras que sale y entra disponiendo  
Lo preciso al convite, y hechicera  
El tontillo abultado va luciendo,  
El talle cimbrador como palmera,  
Los negros ojos de mirar tremendo,  
La empolvada profusa cabellera,  
Sarta de perlas, prendedor, cintillo,  
El calzado sonante de palillo;

Trasladaré al lector a lo pasado  
Cinco o seis años antes, y en privanza  
Le haré ver a Don Lope y festejado  
Allá en Madrid por el favor que alcanza.  
Una misma pasión nudo apretado  
De franco afecto e íntima alianza  
Formó entre el noble y brusco caballero  
Y el poderoso rey Carlos Tercero.

Con raro afán desde que el alba asoma  
Van los dos a cazar todos los días:  
Montado el rey en el corcel que doma,  
Sueltas a un lado y otro las jaurías,  
Vaga del hondo valle a la alta loma  
Hasta que llegan las tinieblas frías;

Y siempre al perseguir al erizado  
Jabalí, a Don Lope tuvo al lado.

Infatigable y diestro el noble adusto,  
No siempre ha limitado sus hazañas  
A fácil presa o a luchar sin susto  
Con el temible lobo en las montañas.  
Antes su brazo enarboló robusto  
El glorioso pendón de las Españas  
Frente al peñón de Gibraltar temido,  
Del plomo del inglés quedando herido.

Sangre ilustre heredó de sus mayores  
Y con ella riqueza en abundancia;  
Preciados son sus títulos y honores,  
De sus predios inmensa es la ganancia;  
Pero sus prendas deslució mejores  
Ira fatal, insólita arrogancia,  
Que al menor accidente se exaspera  
Y es, como luego dicen, una fiera.

Es duro pedernal que, del acero  
No bien tocado, en luminosa chispa  
Deja el fuego brotar; si enojo fiero  
Nubla sus ojos y sus labios crispera,  
No reconoce freno el caballero,  
Y semejante a la irritada avispa  
De su panal lanzada, va sin tino  
Hiriendo a cuantos halla en su camino.

La pasión de la caza era ya vicio  
En el famoso rey, que, al fin, acaba  
El fardo por soltar de su alto oficio  
Trocando el áureo cetro por la aljaba.  
Del poder absoluto el ejercicio,  
Y no de tino exento, encomendaba  
A la sabiduría y los afanes  
De los condes de Aranda y Campomanes.

En esta corte y por aquellos días,  
Trasponiendo los altos Pirineos,  
Apareció con ínfulas sombrías,  
De novedad envuelta en los arreos,  
Copia fatal de máximas impías  
Que ya ostentaba tronos por trofeos,  
Y aflaba del pueblo en la ignorancia  
Puñal que luego ensangrentó a la Francia.

A su soplo mortal ¡cuánto sufrieron  
La fe y el entusiasmo y la hidalguía  
Que de siglos atrás innatos fueron  
Al pueblo a quien el sol no se ponía!  
La Cruz, a que los moros se rindieron,  
La Cruz, que un mundo ignoto descubría,  
Vió detenido el vuelo a que se lanza  
De la humana razón por la balanza.

Y aquel soplo mortífero que hiela  
Todo amor que no sea el de sí mismo,  
La generosa sed que gloria anhela

Llega a trocar en sórdido egoísmo:  
 A la ambición rastrera pone en vela  
 Y abre a la sociedad profundo abismo,  
 Haciendo al pueblo conculcar las leyes,  
 Convirtiendo en tiranos a los reyes.

Tuvo el de España parques destinados  
 A la conservación y fácil cría  
 De corredoras liebres y venados;  
 Más que al reino a sus parques atendía;  
 A la planta del vulgo eran vedados,  
 Y a quien mano sacrílega ponía  
 En guardas, pastos, provisiones, fieras,  
 Reservaba la ley penas severas.

Del rey el guardabosque a su presencia  
 Llegó una vez, y en ademán confuso  
 Y después de una y otra reverencia  
 Cual de vasallo a rey estaba en uso,  
 No sin servil temor grave ocurrencia  
 En estos u otros términos expuso:  
 —De la bellota junta en la alquería  
 Eché a los ciervos la ración del día;

Y ya me retiraba, cuando advierto  
 Que al pasar de Ramón el aldeano  
 Un segador para el vecino huerto,  
 A las bellotas extendió la mano.  
 Volví luego a contarlas, y por cierto  
 Que un hurto dellas cometió el villano.

—¿Y la falta cuál es que en ellas notas?  
 —Faltaron al montón siete bellotas.

—¡Siete años a presidio el aldeano  
 Cuyos mozos me roban! el rey dijo.  
 Llegó Ramón y suplicóle en vano  
 Que revocara la sentencia; el hijo,  
 A quien la esposa trajo de la mano,  
 Al rey miraba con afán prolijo,  
 Con inocentes lágrimas los ojos,  
 Ramón, la madre y él puestos de hinojos.

A interceder por ellos compasiva  
 La reina Amalia, de virtud dechado,  
 Vino cerca del rey, y el rey la esquivo  
 Con terrible ademán y gesto helado.  
 Trémulo el labrador, la faz altiva,  
 Se levanta y, de guardias rodeado,  
 Como si fuese reo de homicidio,  
 Con la cadena al pie marcha al presidio.

Al llanto de la esposa desolada  
 La ira en todo el lance reprimida  
 De Don Lope en el pecho, desatada  
 Con voces de furor se abrió salida.  
 En su buen corazón y en su alma honrada  
 De la justicia el sentimiento anida,  
 Y al verla hollar, en ciego paroxismo  
 El respeto a su rey quebranta él mismo.